



SG 2/21

A toda la Congregación

Queridas hermanas,

Un saludo afectuoso para cada una.

Con la presente circular deseo comunicar el lema del año que inspirará y orientará nuestra reflexión, oración, vida en comunidad y misión. Continuamos la profundización del XVII Capítulo General, según hemos hecho hasta ahora, dedicando cada año a sus diferentes aspectos (año 2018, Reforma Misionera; año 2019, Acompañamiento; año 2020, Una Sola Familia).

En el contexto presente, de tantos desconciertos e incertezas, y pensando a la vez en las asambleas y capítulos de algunos Organismos, queremos acompañar el 2021 desde la profundización de nuestra razón de ser en la Iglesia y el mundo: “Anunciar el evangelio a toda creatura”. En esta dimensión fundamental de nuestro carisma incluiremos los compromisos del XVII Capítulo General de JPIC y Revisión de obras.

En estos meses todas nos hemos encontrado con una agenda que no esperábamos ni queríamos. Para nosotras, claretianas, puestas siempre en camino de salida hacia el otro, es una experiencia dura. Estamos aprendiendo a vivir las nuevas circunstancias como oportunidad de descubrir las huellas de Dios en estas trazas de la historia con creatividad apostólica.

Sin perder de vista el entorno, mi mirada se proyecta con un sentido de gratitud y esperanza.

Recuerdo que en el foro de la Congregación realizado el día 6 de diciembre de 2020, con el lema “María Inmaculada nos abre a la esperanza” hemos compartido la riqueza que ha surgido en este tiempo de limitaciones y confinamiento. Nos hemos preguntado qué llamadas percibimos y qué cambios nos pide la realidad. ¡Cuánta vitalidad en las comunidades que dinamizan la misión buscando formas nuevas para seguir caminando en servicio evangélico! Han resonado de nuevo en este contexto los valores que nos dan vida: la profundidad, el estilo de Jesús, el cuidar las relaciones. Incluso, propuestas, planteos... si así como estamos organizadas, podemos responder a las necesidades que nos pide la realidad social actual.

Agradecemos, también, la fuerza siempre nueva del Espíritu, que mueve desde dentro, a esos nuevos caminos de un anuncio del evangelio siempre sorprendente, actual, fresco porque es Jesús mismo el que lo sostiene.

Es el mismo Espíritu que nos urge desde el origen. “El espíritu de nuestro instituto es la dilatación de la Ley Santa del Señor, pura y simplemente”. Con esta frase la Madre Fundadora motivaba a la disponibilidad a las hermanas de Carcaixent antes de la fundación de Vélez Rubio, (C. 326) pues todas han prometido “a imitación de los Santos apóstoles trabajar hasta morir en el Señor, enseñando a toda criatura la Ley santa del Señor (Blanco y Fin)”. Hemos nacido en la Iglesia para esta misión: como Religiosas de María Inmaculada Misioneras Claretianas, vivir y anunciar la buena nueva de Jesús buscando el Reino de Dios y su justicia (DC 2017, 9), porque nuestra vida es misión, es anuncio, nuestra comunidad es anuncio, cualquier actividad apostólica a la que somos enviadas es anuncio, por muy pequeña que sea.

El crecimiento y la fecundidad del carisma nos ha llevado a **realizar esta misión caminando con otros y como cuerpo apostólico**; es una condición esencial y manera de hacer (DC 2017, 5). Así se vislumbra uno de los horizontes apostólicos urgentes que la “reforma misionera” hace fructificar entre nosotras. Hay mucho camino recorrido y tanto por hacer aún.

¿Cómo estás en ello? ¿cómo estás viviendo la razón misma de nuestro ser? Perdonad mi atrevimiento, pero con esta pregunta quisiera conectar con cada una, en el mismo nivel de profundidad, no tanto del hacer sino del ser. No respondamos enseguida, automáticamente; dejemos calar la pregunta allí donde renace nuestra vida vocacional.

Miremos a nuestros Fundadores, ejemplos de personas apasionadas, misioneros y reformadores (DC 2017, 5). María Antonia París descubrió su vocación en el encuentro con Cristo y con la Iglesia sufriente. Los dos amores permanecieron vivos y afloraban con naturalidad en toda su vida, en los tiempos de crecimiento gozoso de las comunidades y en los tiempos de crisis. Con un espíritu profético vio a los miembros de la Orden nueva “como copia viva de los primeros Apóstoles, como peregrinos en esta tierra”¹. San Antonio María Claret, se puso en camino como misionero, porque le entusiasmó el Jesús del Evangelio, que se hace Palabra y anuncio gozoso de la Salvación. En una de sus últimas cartas, desde Roma, escribía a la Madre Antonia: “mis ocupaciones han sido y son actualmente del santo ministerio. En París ... prediqué toda la Cuaresma”². Le urgía la caridad de Cristo.

Cada vez que volvemos a esos textos inspiradores sentimos un magnetismo que nos atrae y nos solicita. Podemos siempre volver a estas lecturas de modo compartido, en las comunidades, con los laicos, porque encierran una fuerza transformadora. Convirtamos este tiempo en espacio para compartir el fuego de la misión que arde en nuestros corazones. Es un modo de cuidarnos mutuamente, de renovar la confianza en Dios que todo lo puede y, en nosotras mismas, que llevamos el sello de la valentía, la audacia y la creatividad para ponerla al servicio del anuncio de la Palabra.

¹ Const. 1869. Trat I, Cap I, 4; en Const. 13.

² Cartas de los Orígenes. C. 283.

El XVII Capítulo general nos da claves para poner en práctica este “anunciar el evangelio a toda criatura” en la vida cotidiana. Dice: “acercamos las palabras y gestos de Jesús al corazón de los hombres y mujeres como camino de humanización y esperanza” (DC 2017, 14). Este modo de vivir y anunciar el Evangelio es tan universal que nadie debe sentirse limitado ni excluido. Significa regalar nuestro tiempo para ponernos al lado de la hermana, del hermano; es prestar oídos a la escucha, los ojos a la contemplación para brindar consolación y compañía. Acercar la palabras y gestos de Jesús es hacernos cargo del sufrimiento, de la fatiga que vive la mayoría de la humanidad en este tiempo, e intentar hacerlo de un modo concreto, un modo samaritano de cuidar la fragilidad humana (FT 79). Eso nos da vida y nos salva de la autoreferencialidad, de vivir como si estuviéramos sobreviviendo. Vivir así mantendrá nuestro corazón alegre. Es situarse, no como espectador/a sino dentro de los procesos de cambio, como mujeres de fe, que también han experimentado la compasión, como caminantes, con la confianza puesta en Dios y en actitud de discernimiento. La realidad es inclemente, está ahí. Entra en nuestras casas, es imposible hacernos sordos o ciegos. Como misioneras debemos seguir discerniendo, en cada lugar, la mirada y el gesto evangélico conveniente para continuar ese desafío capitular.

No cabe duda de que todo esto nos pide un contante cambio. Pero nada va a cambiar si no admitimos la necesidad del mismo. Este cambio solo podrá hacerse vida si somos capaces de mirarnos desde dentro, de percibir lo que sentimos y deseamos tomando nota de qué pasa en nuestro corazón (tenemos instrumentos como el examen, la escucha mutua, reuniones comunitarias, evaluaciones apostólicas). Y, además, necesitamos una mirada desde fuera, un ejercicio de vez en cuando, de observarnos desde el exterior y, tomando distancia, leer el significado de nuestra presencia aquí y ahora. No para juzgarnos sino para hallar las huellas de Dios que llama. Es una dinámica que no termina nunca. Este año, de manera especial procuremos hacerlo con todos aquellos que caminan con nosotras. Juntos, participando y complementándonos, descubriremos la luz y la fuerza del carisma claretiano como don actual, que se hace vida y luz en tantas personas.

Con el deseo de ayudarnos a vivir este año en comunión se ofrecerán propuestas e iniciativas desde las diferentes prefecturas para continuar la reflexión y el intercambio de experiencias.

En este día, en que muchas renovamos los votos, con toda la vida consagrada en el mundo, les hago llegar a cada una, los mejores deseos de un camino andado en fidelidad profética.

Un abrazo con cariño. Unidas en la mutua oración.

Roma, 2 de febrero de 2021.

Jolanta Kafka
Superiora general